

Ni Bruno ni yo presumiremos nunca de trabajo, eso ni soñarlo, pero hay cosas mucho peores, ocupaciones terribles, qué me dicen de los verdugos y los forenses, o de los sepultureros, sobre todo de los que trabajan en el norte de Inglaterra, esos que cavan fosas bajo la lluvia, calados y embarrados hasta el ombligo, mascullando *God Save The Queen* y otras baladas sajonas, al menos nosotros lo hacemos bajo techo, no me refiero a enterrar fiambres, sino a exterminar bestezuelas, aplastar bicharracos, suprimir alimañas, esa es nuestra faena, a cualquier hora del día, en verano y en invierno, en primavera y en otoño, eso sí, las casas vacías de inquilinos, sin testigos angustiados, la gente enloquece al perder su hogar, es de cajón, nosotros trabajamos para una empresa de desahucios, ya sé que suena duro, pero a mí no me miren, me limito a cumplir sin hacer preguntas, nuestra especialidad son los apartamentos de playa y las casas de campo, es donde más *especímenes* suele haber, ya saben, ratones, avispas, cucarachas, roedores, todos ellos en cantidades copiosas, agrupados en plagas y enjambres, como si ser liviano o endeble te inclinase al gregarismo, eso me hace pensar que Bruno, menudo y delgado, vive solo, no le conozco amigos, mascotas ni novia, tampoco es que me concierna, he trabajado con demasiada gente, vaya que sí, en este oficio te relacionas con mucha, la mayoría tirando a rara, hombres obtusos o de escaso provecho, tipos que se asocian con uno por necesidad, indigentes, viciosos, tarambanas, lisiados, la lista daría para una tribu poco venerable, eso a mí me importa poco, lo esencial es que no sean dengues ni quisquillosos, que no se larguen a la primera de cambio, no se imaginan ustedes la cantidad de maromos que, en cuanto divisan un nido de ratoncillos, se persignan, lanzan un alarido y ponen pies en polvorosa...

Bruno no, reconozco que no es de los que se arrugan fácilmente, porque aquí vemos de todo, larvas y crisálidas, orugas y pulgones, pero también ratas del tamaño de

gallinas, y avispones tipo *messerschmitt*, realmente hay que saber con quién te la juegas, nuestros rivales son numerosos, termitas, culebras, pulgas y zancudos, insectos que se agazapan en grietas invisibles, en muescas de tablas y paredes, astutos y versátiles, campeones del camuflaje y de la fuga, resistentes a pócimas que han acabado con príncipes y cardenales, hemos de buscar a fondo para dar con ellos y pulverizarlos, fumigarlos o matarlos, esta profesión es lo que tiene, te convierte en un aniquilador, solo piensas en sacrificar y demoler, en rociar hendiduras y pellejos, te sientes como Robert Duvall cuando decía que arrojar napalm al amanecer olía a victoria, nosotros no siempre la celebramos, quiero decir que nuestros enemigos son supervivientes, poseen cualidades que los hacen inexpugnables, el coraje, la tenacidad, la insurrección, como si hubiesen venido de otro mundo, creados por Dios para bajarnos los humos, para decirnos que, en este reino de zozobra y oscuridad, quienes mandan son *ellos*, los parásitos, sus criaturas predilectas, que medran por doquier, que se reproducen exponencialmente, sigilosamente instalados en nuestros colchones, en nuestras vigas, propagándose bajo las molduras, los tejados, los pozos, te desvelas una noche y oyes un murmullo creciente, un susurro que te pone los pelos de punta, puedes darte por jodido, ha comenzado el festín, pasados unos meses serán los amos de tu casa, olvídate de tu jersey de lana virgen, de tu cardigan amoroso, habrán devorado el cuello de las camisas, el fondillo de los pantalones, los recamos, los lomillos, los entredoses y las vainicas, una debacle textil, un buffet libre donde no dejarán ni los hilos, donde no habrá paz ni para los pompones de tus chinelas, así son las cosas, así las hizo el Señor, una vez entré en la casa de un sastre y me dijeron que se había ahorcado al oscurecer: tiemblo al pensar en la melé de moscas y polillas que revolearían sobre su cabeza...

A veces los residentes se acaban de ir, no me refiero a los bichos, sino a los dueños, percibes su presencia fantasmal, la estela de sus pasos, los últimos pasos, el tibio rastro de un perfume, la huella de unos tacones, el molde de un cuerpo en una butaca, un vaso con manchas de carmín, la pelusa de un bolsillo y cosas palpables: zapatillas, sombreros, lámparas, magacines, pasteles, las cocinas suelen ser paisajes apocalípticos, por el hedor y la suciedad, por esas mesetas de mármol donde se pudre un musgo de cereales o compotas, por esos manteles de hule donde se acumulan, como restos de un naufragio, bollos de pan, confituras, migas, moscas acicalándose las alas en el filo de los platos...y lo más triste de todo, lo más triste, esos dibujos que los niños pegan con imanes en las puertas de las neveras, las huellas de los niños en las paredes, qué grima da todo, las bombillas parpadeantes, las ventanas atrancadas, menos mal que Bruno y yo no somos supersticiosos, porque esas ausencias pueden ser inquietantes, y no me refiero solo a los retratos, o a las fotos arrojadas en los armarios, sino a los espejos, espejos basculantes, descascarados o sin azogue, espejos empotrados en un tocador o en el paño de una pared, nadie debería dejar sus espejos al irse, contienen la memoria de nuestra juventud, el alma que se nos escapa entre los dedos, es preferible salir desnudo de una casa que ignorar la duplicidad eterna de sus espejos...

Una vez nos sorprendió una ventisca temible, un sauce desmochado por el viento, copos zigzagueantes que cubrían el sol, rachas de agua heladas, antenas arrancadas de cuajo, llegamos a la casa por los pelos, no tenía buena pinta, parecía más abandonada que otras, el porche lleno de maleza, el dintel desplomado, los capiteles en ruinas, nos metimos pensando que se partiría en dos, menudo susto, decidimos esperar a que pasara el vendaval, la tempestad, el tifón, lo que fuese, nos fuimos al fondo y encendimos la chimenea, la casa tenía un salón enorme, allí parecíamos protegidos,

pasado un rato me dio la modorra, Bruno se dedicó a pasearse y a inspeccionar, yo abría un ojo y veía tilos abrumados, ramas enloquecidas golpeando los postigos, al final empezó a caer una lluvia uniforme, un agua bucólica y mansa, conseguí dormirme, un sopor profundo, soñé que era uno de esos ratones a los que debía exterminar, no es que llevase rabo y bigotes, o que anduviese a cuatro patas, era yo mismo, desaliñado y ruin, vestido con harapos, pero me sentía como un *ratón*, de hecho llevaba una vida parecida, la paja, los quesos, la prole copiosa, tenía a mi cargo una legión de hijos, unos pasmados, otros precoces, los había gordos, delgados, enfermizos o lozanos, ninguno se parecía a mí, era sospechoso, pero los amaba a todos por igual, cada vez que desaparecían y nos abandonaban (a su madre y a mí, despidiéndolos en el umbral de la madriguera), me embargaba una congoja ratonil, sabía que no volverían, que serían apresados en cualquier sitio, asesinados de modo implacable, de manera feroz, a escobazos, a martillazos, con trampas y guillotinas, recordaba un anuncio de mi niñez: *las ratas son una plaga, la pasta fosfórea steiner acaba con ellas desde 1846*, mis vástagos enviados al frente como carne de cañón, como esos reclutas que abrían sus ojos aterrados en Verdún, fue entonces cuando abrí los míos, tenía a Bruno frente a mí, su cara ancha y sonrosada, la tempestad se había esfumado, el día también, he descubierto un nido de ratones, me susurró, lo cogí por las solapas, le dije que nos íbamos de allí, qué pasa con los roedores, protestó, yo me incorporé aturdido, recogí la mochila, tenemos que salir, exclamé, hay que largarse de este sitio, el cielo, detrás de los cristales, parecía el capote húmedo y retorcido de un granadero fusilado...

Uno aspira a tropezar un día con algo valioso, un tesoro poco común, una botella de chianti, una tela de Persia, una Venus de alabastro, pero eso es imposible, aunque existiese una posibilidad remota ahí está mi jefe, sabe bien lo que podemos encontrar,

menuda sabandija, se presenta con su volvo, siempre de improviso, cargado de hombros, piernas de alambre y buche de carroñero, lleva ternos llamativos y zapatos italianos, su nombre, Adiodato, hace pensar en mártires o déspotas, nos mira con suspicacia, ¿todavía sin empezar?, conservemos la calma, no es cuestión de aplastarle la cabeza, hay hombres que han venido al mundo para joder al resto, unos cavan y otros apuntan con pistola, es lo que decía Clint Eastwood en su juventud, cuando se va respiramos aliviados, me refiero a mi jefe, no a Eastwood, a Bruno se le ensombrece la cara, es lo que hay, le digo, nos ponemos en marcha, la velada será agotadora, esta vez pugnamos con viejas conocidas, las cucarachas, el más popular de nuestros rivales, la gente ignora que sólo las cucarachas sobrevivirían en caso de una conflagración nuclear, recias y correosas, un milagro evolutivo, no siempre están dentro de los hogares, a veces acechan en el exterior, escondidas en una ranura, inmóviles como rocas, esperando expulsar su bolsa de huevos blanquecinos, menuda plaga, exploramos los alrededores, la casa destartalada, devorada por la hiedra, tiene un jardín que da lástima verlo, una barda caída, un macizo pocho, campánulas mustias, bulbos desenterrados, capullos de madreSelva, dondiegos silvestres, ortigas por doquier, decidimos verter gasolina y pegarle fuego, un fuego purificador, aunque lo que se eleva es un penacho de hollín, sofocamos a la carrera las llamas, vaya sorpresa, al entrar descubrimos una casa de película, pero de película de miedo, está llena de objetos anacrónicos, excéntricos, tocas de viuda, orinales de vidrio, lentes y enaguas de hilo, un fusil de pedernal, un peine de hierro y un corsé de ballenas, a lo mejor perteneció a un actor, a Bruno le parece maravilloso, no deja de coger cosas, decide disfrazarse, se pone una sotana, un birrete griego, no hagas el chorra, Bruno, a ver si viene el jefe, no hay forma de pararle, se calza unas babuchas persas, le gusta hacer el payaso, al final yo también me visto, una levita polvorienta, un casco rematado con plumas, menuda pinta tenemos, encontramos

unos palos, hacemos de espadachines, Bruno pasa a ser Errol Flynn, yo Douglas Fairbanks, saltamos por aquí y por allá, brincamos sobre sofás y sillones, recorremos la casa, ríndete bellaco, detén mi estoque si puedes, nunca me había reído tanto en mi vida, entonces oímos *la voz*, es la voz de un jodido fantasma, una voz resonante, satánica, *salid inmediatamente de mi propiedad, qué hacéis aquí*, un lamento de ultratumba, un susurro tremebundo, pueden mofarse si quieren, Bruno se despoja de sus ropas, yo bajo rodando los peldaños, no paramos de correr, no seré yo el que lo niegue, mejor cobardes que muertos, seguro que fue un acto irracional, nos ardían los talones, en lo que a mí respecta, desplumado para siempre de coraje, no volví para comprobar si quedaban cucarachas...

Bruno, montero, pupilo y postillón, mozo de espuelas, mancebo de botica, cascaciruelas y tartanero, Bruno, todas esas cosas y algunas más: mi escudero fiel, mi compañero de fatigas, escolta silencioso, peón honesto, el soldado corto de luces a quien protejo y abrazo, mi jefe gritando su nombre, Bruno, Bruno, mi jefe fuera de sí, me ha robado, aúlla, ese imbécil me ha robado, no es posible, ¿Bruno?, mi jefe me taladra, los ojos desorbitados, la boca llena de espuma, se tienta la ropa, escupe obscenidades, mecagoendios, cagoenlaputa, mecagoenlaleche, lo quiero de patitas en la calle, despido fulminante, a mí no me la pega *nadie*, menos un zulocho de mierda, intento serenarlo, qué es lo que ha hecho, que te calles, cómo, que te calles, ese imbécil ha estado devolviendo cosas, no lo entiendo, qué hay que entender, mi jefe me coge por las solapas, eso sí que no se lo consiento, ese cretino de Bruno ha enviado objetos de las casas a sus antiguos propietarios, menudo gilipollas, está bien, cálmese, pero deje de zarandearme, cómo dices, que me suelte de una puta vez, que te suelte, payaso de mierda, os voy a joder vivos a ti y al mamarracho de tu ayudante, se lo acabo de

advertir, no soporto que me pongan las manos encima, y menos un tiranuelo casposo, le golpeo bajo el mentón, se desploma como un saco, eso me lo enseñó un amigo karateka, un puyazo en la nuez y no hay tío que se resista, mi jefe me mira con ojos llorosos, la mano en la garganta, escupe algo como agggggggggg, lo ignoro, rodeo el volvo y me dirijo hacia el porche, allí está Bruno, los ojos en el suelo, el rostro demacrado, gesto culpable, pero qué has hecho, mira en qué lío me has metido, Bruno se encoge de hombros, no sabe qué decir, la acusación es cierta, lleva meses haciéndolo, meses, me quedo de piedra, cómo no lo advertí, lo hacía sigilosamente, escondía las cosas en su mochila, regresaba por las noches a las casas, ¿por las noches?, alevosía y nocturnidad, me meso los cabellos, qué digo, me los arranco de cuajo, Bruno, el ladrón de Bagdad, en menudo lío me has metido, menudo lío, entonces hace un movimiento, extiende su mano en dirección al jefe, ese capullo, lo había olvidado, sigue tirado en el suelo, no tiene buena pinta, en realidad no *pinta* nada, no se le oye respirar, me acerco hasta allí, le palpo la carótida, sus ojos vidriosos, la mirada del fiambre, por el cielo se desliza un puchero de nubes y me da por pensar, mientras me levanto resoplando, que ahora sí que me quedará para siempre el apodo de *exterminator*...

Guío la ranchera por carreteras secundarias, no sé muy bien a dónde nos dirigimos, atravesamos collados, barrancas, abismos, cuanto más lejos mejor, Bruno da cabezadas junto a mí, el cabrón duerme serenamente, tiene una sonrisa beatífica, seguro que sueña con otras sonrisas, la gente a quien devolvía las cosas, los desahuciados del mundo, me ha hecho una lista completa, decido despertarlo, qué cosas entregabas, le pregunto, bosteza y extrae un papel del bolsillo, comienza a leer con voz pastosa, saborea cada frase, cada palabra, cada sílaba, como si estuviese invocando una expiación, un conjuro: una pitillera esmaltada, un abanico de encaje negro, linternas de

colores, una diadema de oropel, un medallón con marco de plata, una canastilla, un collar con incrustaciones de coral, una sortija de ónice, letras de molde en tinta china, un sombrero cubierto con rosas de almidón, una chaquetita con ribetes de encaje, una máscara de nácar, unos zapatos de niña, una bolsa con bolitas de esmalte, un libro con tapas de nácar de la primera comunión, un capazo de mimbre, un almirez de cobre, un cuenco de juncos trenzados, un lápiz de cera, una gorra, un cenicero de bronce repujado, una pipa de brezo...¿una pipa de brezo?, asiente con la cabeza, yo lo miro con incredulidad, no puede ser, murmuro, estás como una chota, todo son bagatelas, objetos sin valor, pero Bruno disiente, la gente se lo merecía, sostiene, les habían dejado sin hogar, a él le mandaban cartas expresando su gratitud, me dice que conserva las cartas, si quiero me las enseña, gruño una negativa, voy aferrado al volante, no me quiero distraer, se vuelve a dormir, tiene un talento proverbial para eso, para conciliar el sueño en cualquier lugar, debería abrir la puerta y arrojarlo aquí mismo, en el arcén, en el talud, pero entonces pienso en toda esa gente, en Bruno cogiendo y empaquetando las cosas, llevándose un libro viejo, una muñeca de trapo, atravesando en silencio la oscuridad de las casas, la conspiración urgente de las noches, tropezando con paragüeros y mesas, Bruno, al menos él no es tan sólo un exterminador, Bruno, convertido en un príncipe de los recuerdos, en las noches de la soledad, recogiendo las migas que depositan los soñadores (los niños y los santos) cuando se pierden en el bosque, cuando dejan sus casas atrás.